

NOTAS SOBRE EL CONCEPTO Y LA PRACTICA DE LA FILOSOFIA EN COSTA RICA*

CARLOS MOLINA JIMENEZ

1. A algunos que ejercemos la filosofía en la Universidad Nacional de Costa Rica, se nos presenta en forma dramática la necesidad de saber suficientemente qué es la filosofía, pues nos urge aclarar qué estamos haciendo o qué deberíamos hacer. Las circunstancias especiales que han rodeado nuestro ejercicio de la filosofía y los caminos por los que nos hemos adentrado, nos han hecho romper la cápsula de soberbia, dogma y erudición ignorante en que se había enclaustrado la filosofía en nuestro país. Pero nuestra comprensión va a la zaga de nuestra práctica; lo experimentamos cada vez que nos

* "IV Coloquio Centroamericano de Profesores Universitarios de Filosofía". Ciudad Universitaria, Tegucigalpa, Honduras. Del 10 al 14 de julio de 1978.

preguntamos si estamos haciendo o no filosofía. Sentimos que estamos bajando del globo cautivo en que nos encontrábamos, que nos hemos integrado a la historia y al vivir de los demás, que hemos readquirido un sentido de realidad y de la fecundidad de la acción humana que nos habían hecho olvidar; lo que no vemos claramente es qué sucede con la filosofía en medio de todo esto.

Estas líneas se proponen ayudar en la dilucidación del concepto de filosofía, en la medida en que ello está exigido por nuestra praxis de filósofos. Esto es, obedecen a la necesidad de identificar o reconocer nuestra labor, a la luz de los desarrollos teóricos fragmentarios que hemos arriesgado en nuestra práctica, para apropiarnos ésta.

El presente trabajo está compuesto de varios asedios distintos al concepto de filosofía, cuya sistematización debe ser el fruto de una labor más reposada y más amplia. Lo presentamos aquí con la finalidad de escuchar críticas que permitan una mejor elaboración de las ideas. En parte este trabajo refleja nuestro ejercicio de la filosofía y en parte avizora nuevas posibilidades. Debido sobre todo a este segundo aspecto, es altamente hipotético.

2. Respecto a lo que la filosofía es, suelen circular ideas “muy claras” en la docencia filosófica de nuestro país. Muy claras justamente porque concuerdan con el nivel de imprecisión y de retraso conceptual en que se ubica el lenguaje común. Se habla, por ejemplo, de la ciencia del porqué de las cosas o de las ciencias de las causas últimas. Llama la atención en estos casos el carácter anacrónico de las categorías empleadas y la falta de rigor crítico que comportan estas definiciones. También nota uno que el velo con que se disimula el fideísmo es casi transparente. En todo caso Kant y Hume se removerán seguramente en sus tumbas.

Otros cluden el problema de la definición, ya sea observando que no hay más filosofía que las actividades filosofantes particulares — ¡y esto lo dicen fenomenólogos que hablan de la intuición directa de las esencias!— o enunciando unas cuantas características que, a su ver son propias del quehacer filosófico; con lo cual vienen a iluminar, a lo sumo, la periferia de un núcleo de sombras o dogmatismo.

Frecuentemente la filosofía aparece como la reina universal, cuya voz debe ser obedecida por todos, particularmente por las ciencias. Afortunadamente los científicos hacen caso omiso de esto y aquellos filósofos son viciosamente teóricos, lo que los salva de convertirse en tiranos. Pero lo que sostiene esta ilusión, es que su ejercicio es puramente lingüístico, semejante el caso del adolescente que está persuadido de ser un seductor. . . precisamente porque nunca ha tratado de conquistar a nadie.

Las diversas definiciones de la filosofía (lo mismo que los diversos escaoteos de la definición del concepto) corresponden a diversas prácticas de la misma y a diversos modos de concebir la relación entre teoría y práctica. Encontramos, así, desde definiciones que entienden la filosofía como una

práctica subsidiaria de carácter “privado”, consistente en actitudes que reconfortan, compensan y consuelan al sujeto de los golpes recibidos en su participación en la vida “pública”, y extraña totalmente a la práctica constitutiva de la humanidad; hasta la filosofía como templo de adoración y refugio de los más grandes anacronismos, mantenidos a expensas de una pretendida intuición supra o infrarracional; pasando también por la filosofía como niñera cegata de la ciencia, alienada por su misma especialización.

Todas estas diferentes concepciones y prácticas de la filosofía separan a la razón de la práctica constitutiva: o bien tornan a la razón impotente respecto de los asuntos más importantes de esa praxis y la convierten en razón-bálsamo, o la restringen a un papel ancilar, o la expulsan a un reino totalmente ajeno a la vida práctica, o sencillamente la anulan. El resultado en todos los casos es el mismo: sólo la razón instrumental tiene cabida en la vida práctica, cuya conducción sustantiva queda, por inopia de la razón, en manos de alguna instancia irracional.

La filosofía debe reivindicar su papel de agente general de racionalización de la vida humana, so pena de abandonar esa función al mito o la inconsciencia. En lo que sigue trataremos de desarrollar un concepto de filosofía que responda a dicho papel, sin olvidar las peculiaridades de nuestro medio centroamericano.

3. El hombre no puede vivir sin concebir *su* realidad. Aún en el caso de que su concepción no sea más una glosa al margen de la percepción, su misma índole de ser activo le obliga a identificar, discriminar y unificar aspectos y a estructurar, de algún modo y en cierta medida, al menos aquella parcela de la realidad en que se desenvuelve su vida. El incremento de las fuerzas productivas y la correlativa “complejización” de la vida social, integran en forma creciente nuevas porciones de realidad al conjunto de interrelaciones prácticas del sujeto. Esto implica la obsolescencia de las concepciones más limitadas y el pasaje a concepciones cada vez más comprensivas, en que la identificación, discriminación y unificación de los factores de la experiencia, comporta caracterizaciones cada vez más abstractas y el reconocimiento de una complejidad cada vez mayor de relaciones. En todo caso, la concepción del mundo debe hacerse cargo del sector del universo ingresado en la historia humana u hollado por el hombre.

La filosofía es, hoy por hoy, la ciencia que debe encarar el problema de la concepción del mundo. Tal concepción es altamente determinante del modo de abordaje del mundo por el hombre¹, y ocupa su lugar en las luchas del hombre por lograr su liberación y su desarrollo multilateral. Hay concepciones del mundo que inhiben, en lugar de propiciar, adecuados planteamientos de las conductas del hombre; que apaciguan cuando hay que despertar; consuelan cuando cabe luchar; tergiversan, despistan y justifican lo injustificable. El hombre requiere², en cambio, de concepciones que lo ubiquen en el verdadero terreno donde se juega su destino; le precavan respecto de la multivariabilidad de lo real; le señalen objetivos maximizantes y optimizadores a su pra-

xis constitutiva; y le sugieran los verdaderos medios y métodos de su acción, todo sobre la base de la situación real y de sus posibilidades de desarrollo.

No nos llamemos, sin embargo, a engaño. La filosofía no es la creadora de las concepciones del mundo. Estas brotan, básicamente, de la articulación de experiencias que supone la actividad práctica y son elaboradas a lo largo de un proceso social prolijo y anónimo, donde el enfrentamiento a diversas situaciones y problemas va produciendo oblicuamente una conceptualización de la realidad. La filosofía no parte de cero³; se beneficia de esas significaciones dispersas: Al filósofo no le es dada solamente una experiencia del mundo, sino también esa conceptualización fragmentaria de la realidad. Su labor radica, por tanto, en la penetración crítica y analítica de ese material ideológico, en la coordinación, selección y síntesis del mismo, al fin de avanzar hacia una versión más explícita, coherente y pertinente de la concepción de la realidad, y en la contrastación de la misma con su experiencia del mundo.

4. La filosofía suele depender demasiado de su propia historia, hasta el punto de que para muchos hacer filosofía es contar la historia de la filosofía. Esto es parte de esa tendencia que experimenta cierta filosofía a cerrarse sobre sí misma y, en el límite, a constituirse en un mundo aparte. Funciona aquí un postulado bajo cuerda, referente a la fecundidad infinita de la deducción, como si la historia real de la filosofía consistiera en deducir posiciones y sistemas filosóficos de posiciones y sistemas filosóficos anteriores. Pero precisamente el relato de la filosofía pasada nos muestra que es la irrupción en el terreno filosófico de una nueva época, con su problemática y perspectivas, lo que fecundiza el filosofar. En este mismo sentido Gramsci señala que la ideología por sí sola no produce ideología y que requiere de la intervención de la historia, como principio masculino⁴. El filosofar rumiante, sin embargo, vuelve la espalda a la actualidad, toma el pasado como horizonte de su actividad y se ata a planteamientos ajenos a la vida real del filósofo y de sus contemporáneos.

No negamos el papel esencial que tiene para la filosofía su propia historia y la historia en general, en cuanto despliegue y acontecer de las ideas y de sus condiciones sociales y económicas de posibilidad. Sin embargo, frente al presente es donde la filosofía debe dar su respuesta, y este presente no lo puede deducir de ninguna parte; no resta más que conocerlo directamente a través de los canales más adecuados. Llama la atención que eruditos filósofos a la hora de tratar un tema de actualidad, lo hagan en términos de charla de pulpería. Y pasa, no es ningún invento nuestro. Este desinterés por la no-filosofía debe trocarse en su contrario: no sólo es preciso que el filósofo conozca el medio en que se desenvuelve a través de las ciencias particulares y de la práctica, sino que convierta ese mundo de la no-filosofía en objeto ante su mirada filosófica; es necesario que el filósofo indague sistemáticamente el elemento ideológico operante en las obras, realidades e instituciones sociales, que descubra bajo la masa de juicios y acciones que se refieren a los hechos el conjunto de categorizaciones, valorizaciones y reglas de operación intelectual

que constituyen la concepción del mundo allí presente y actuante. La filosofía, cuando ha sido más que un ejercicio académico asombrosamente inútil, ha realizado esta tarea de poner una época en ideas; lo cual, a su vez, ha estribado en acoplar la creatividad del filósofo a la creatividad social emanada de la praxis y manifiesta en mil detalles dispersos.

5. La filosofía parte de la problemática vital de una época, captada vivencialmente por quienes están implicados en ella. Responde a la necesidad de plantear racionalmente esa problemática, esto es, dentro de un marco tal que permita el mayor número de consideraciones sistemáticas sobre los factores involucrados y sobre sus derivaciones, consecuencias e implicaciones más lejanas y mediatas; pues la inserción práctica del hombre en tal problemática supone opciones de muy diversos géneros, y por tanto, adelantar protohipótesis en muy diversos terrenos. De esta manera el planteo racional implica la visión de totalidad.

El filósofo, percibe, subjetivamente, la obsolescencia de ciertos principios y normas, el desquiciamiento de ciertos planteos, la apertura de un horizonte todavía no apropiado por el pensamiento, y entonces avanza, con su bagaje de saber, hacia el análisis y determinación conceptual de lo nuevo y hacia la revisión de lo antiguo. En este sentido, la filosofía es el momento culminante de ese proceso por el cual una praxis histórica se pregunta por su sentido, enjuicia su manera de entenderse así misma y su situación respecto del pasado y del futuro.

La filosofía es, así, la racionalidad cuestionándose a sí misma, en la medida en que su peculiaridad consiste en plantearse aquella problemática de la forma más comprensiva, abstracta y mediata, tematizando de esta manera el fondo esencial de todos los planteamientos concretos. De aquí le viene a la filosofía ese doble carácter de visión universal pero a la vez con un profundo arraigo en una situación concreta.

Desde su punto de partida subjetivo la filosofía avanza hacia la objetividad, pero sin cancelar en ella el elemento subjetivo. Este subsiste y hasta se diría que lo que se objetiva en la subjetividad: De la pura “expresión” individual la filosofía sopesa la importancia de lo implicado en ello y lo esencializa en función de la totalidad, pero sin perder ese sesgo que enfatiza el disloque, la contradicción y la deficiencia del ser, por el cual se hace presente la pasión y libertad subjetivas y se prepara la acción. De la subjetividad puesta en las cosas nacen los reinos de la posibilidad y el valor y se instaura así el mundo de la praxis.

6. La praxis, fundamentalmente el proceso del trabajo, representa un movimiento inverso al de la filosofía, y por, tanto, complementario con éste. Es la subjetivación de la objetividad: comporta series de acciones objetivas originadas, sin embargo, en la subjetividad, que provocan otras series de cambios objetivos, los cuales culminan en *realización* de un propósito subjetivo. De tal manera es, a la vez, la realización y fructificación de la libertad en la nece-

sidad. La filosofía en cuanto enunciación de la objetividad que incorpora la subjetividad, es la prefiguración de la praxis.

No debemos olvidar que la filosofía no se reduce a la filosofía de los filósofos y que hay una actividad protofilosófica a una filosofía embrionaria adherida a las diversas fases de la praxis, para la cual también es válido lo que hemos dicho aquí. Incluso debe decirse que esta separación de la fineza del análisis filosófico respecto de la adherencia de lo filosófico a lo real, es histórica y superable en una futura sociedad praxeológica. Por otro lado, precisa aclarar que la prefiguración de la praxis en la filosofía, no implica la precedencia absoluta de ésta con respecto a aquélla; se trata de un proceso dialéctico originado en la praxis, dentro del cual la filosofía es siempre posterior como hecho, pero anterior en cuanto totalización comprendida de la praxis, totalización que coadyuva en la conversión de las *tendencias y posibilidades en proyectos*.

7. La práctica en su límite inferior es el mero comportamiento. A éste corresponde un mundo puramente fenoménico, una especie de pluralismo parmenídeo, compuesto de fenómenos entificados y arrancados de sus respectivos procesos y del proceso total. Es esto lo que llama Kosik el mundo de la pseudoconcreción. En su interior la vida humana cobra la índole de un dinamismo programado y, en último análisis, inmóvil.

Sin duda el retazo de mundo a que se aplica directamente nuestra praxis, es el que mayormente totalizamos y estructuramos. Pero el foco de realidad que implicamos relevantemente en nuestro diario vivir es incomparablemente mayor respecto de aquel mínimo retazo. De esta manera nuestra esencialización espontánea del mundo resulta casi despreciable en relación con las dimensiones de nuestra necesidad de comprensión.

Por otra parte, el comportamiento en su límite sería una práctica sin palabras, una pura *manipulación*. Sin embargo, el mero comportamiento humano tiene su faceta lingüística, aunque el lenguaje sea aquí un simple apéndice auxiliar de la manipulación.

La interrelación histórica entre diversas prácticas, la emergencia de conductas y de necesidades cada vez más complejas y discriminativas han obrado sobre el lenguaje, liberándolo relativamente de su servidumbre en relación con el comportamiento. En la misma medida el lenguaje se ha tornado cada vez más capaz de dar un reflejo consciente de la práctica.

Es aquí donde la filosofía se incorpora al proceso. Ella supone un discurso que actúa sobre sí mismo, para liberarse de su inherencia a la práctica y desentrañar sus propios presupuestos puramente comportamentales, con vistas a reflejar en forma más adecuada esa práctica y la realidad que involucra, en lo que a sus caracteres más generales se refiere. De este modo la filosofía se caracteriza como un discurso que busca ser radical e integral, pero teniendo siempre como referente y criterio último una determinada práctica y la realidad que se ofrece a su través.

